

Crónicas de la facultad

EL PROFESOR BAILARIN

En nuestra facultad hay de todo, y todo lleva un rasgo que la caracteriza, desde el portero calchaquí del museo hasta el eximio bailarín que es profesor de Biología. Entra por el foro, saluda y empieza a hablar y a hacer ademanes, yo me imagino la desesperación de este buen hombre si un día se quedara sin brazos o sin piernas pero creedme, se desesperaría por no poder dar volteretas; o mover los brazos como aspas de molino.

Es gordo, bajo, con el pelo apuntando al cielo y la pronunciación alemana. Usa lentes, instrumento que le sirve para disimular el desasosiego que le invade cuando hace chistes biológicos.

Salta en un pie, da vueltitas, corre, va de un lado a otro, se balancea cadenciosamente, hace flexiones, extiende las extremidades, se echa para atrás, para adelante y el que le observa espera verlo saltar de un momento a otro el mostrador que sirve de valla a sus ímpetus de corredor.

Hace carreritas cortas al pizarrón, escribe sobre lo ya escrito, y si hace un dibujo lo llena a cada palabra que pronuncia con tres líneas, después vuelve en pequeños saltos.

Apostaría un libro de versos—valor que debe ser cotizabile en esta facultad y que abunda mucho—que en una carrera de embolsados llega primero.

En proyecciones toma el puntero, se apoya sobre el mostrador como un simple empleado de tienda, y cuando termina de explicar, mueve con amplio y gentil cuando no nervioso, movimiento, el brazo y el puntero y dice ritmicamente *suiguims*.

A veces se maravilla de sus propios floreos, pega entonces dos pataditas, se ríe y gesticula de tal manera que yo, espíritu no acostumbrado a esos visages y a esos bailes, me consterno y me voy.

ARQUEOLOGIA

Ninguno de los que concurrimos a la facultad dejamos de reconocer la actividad incansable de Salvador Debenedetti. Todos sabemos perfectamente que viajó de Norte a Sur y de Este a Oeste por toda la República. Pero ninguno de nosotros sabe de dónde sacó esos porteros admirables que son lauro y gala del Museo y de la Universidad entera. ¿De dónde los sacó, señor!? Yo tengo el placer de conocer a uno. Os aseguro que es un placer único.

Cuando camina lo hace despacio, con el andar faraonico de los reyes de Egipto, y sin embargo a mí me parece que desciende directamente de algún calchaquí o de algún miseo y me fundo para suponer esto en los rasgos fisonómicos del sujeto; ¡Qué raro! Ustedes deben de haberlo visto. Muchas veces tengo miedo de ir al Museo por temor de encontrarme con él: lo confundo lamentablemente con las momias o con algún espécimen disecado de indio autóctono, y como soy estudioso intento hacer observaciones sobre el ejemplar pero de pronto echa a andar, moviendo los brazos. Otras veces lo veo arriba, en el patio, con una bandeja en las manos. Pero ¡Dios mio! ¿de donde sacó don Salvador esos porteros..?.

ROBERTO SMITH.